

Imposición de la medalla “José Simeón Cañas” Máxima distinción de la UCA

*Méritos de las cinco personas distinguidas
José María Tojeira S. I.**

Estamos celebrando los cuarenta años de la UCA, uniendo esta efemérides al decimosexto aniversario de la muerte martirial de nuestros hermanos jesuitas, junto con Elba y Celina. Hemos tenido diversos actos, pero en este momento queremos honrar especialmente la generosidad de todos y todas las personas que han ido dejando vida, amistad, espíritu y conocimiento en el campus de nuestra Universidad. Y como el agradecimiento general se debe concretar, hemos decidido, en este contexto de gratitud a todos y todas los que nos han apoyado a lo largo de estos 40 años, otorgar la medalla de la Universidad, nuestra máxima distinción, a las personas que hoy nos acompañan en la mesa.

En la tarjeta de invitación a este acto, incluíamos una cita del P. Ellacuría, que quiero releer ante ustedes. Decía así: “La universidad con inspiración cristiana no es un lugar de seguridad, de intereses egoístas, de lucros honoríficos o económicos, de vistosidades mundanas; es un lugar de sacrificio, de entrega personal, de renuncia”. La identificación personal del P. Ellacuría, y la de sus compañeros y compañeras, en vida y en muerte, con las víctimas de la guerra y el odio, no nos deja dudas con respecto a la verdad profética de estas afirmacio-

* Rector de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA). Discurso ofrecido por el Rector en la Imposición de la medalla “José Simeón Cañas”, en reconocimiento a los méritos de cinco personas distinguidas: P. Francisco Estrada S. I., P. Francisco Javier Ibisate S. I., P. Jon Sobrino S. I., Ing. Axel Söderberg y Lic. René Zelaya, el 15 de noviembre de 2005, en ocasión de los 40 años de existencia de la Universidad y en el marco del aniversario 16 de los mártires jesuitas.

nes. Para vivir y trabajar en una universidad como la nuestra, para enfrentar sus retos de sacrificio y entrega, se necesita generosidad. Para estar al lado de las luchas de los pobres, se necesita una enorme capacidad de amar. Para trabajar insistentemente en la transformación de estructuras injustas, se precisa de una gran capacidad de análisis, estudio y tiempo, dedicado a una labor que no todos reconocen y que puede llevar incluso a la muerte.

Ellacuría fue, en buena parte, por supuesto con sus compañeros como equipo, respaldo y acicate creativo, el líder de una especie de refundación de la Universidad. De ese equipo, varios sufrieron el martirio y otros sobrevivieron. Algunos están aquí presentes entre nosotros, honrados hoy con la medalla de nuestra Universidad. Pero Ellacuría encontró un espacio fecundado ya desde sus inicios por la generosidad. No inventó la generosidad, sino que la recalcó, reafirmó y contribuyó a una orientación de la misma radicalmente puesta al servicio de ese bien más universal, la justicia y los derechos de los pobres, marginados y excluidos de nuestras sociedades. Cómo no recordar ahora, en estos cuarenta años, al P. Gondra, al P. Joaquín López, por hablar sólo de los ya fallecidos, con sus esfuerzos constantes en favor del nacimiento y desarrollo de la Universidad. Cómo no mencionar al P. Idoate, a quien recordamos en nuestra biblioteca, o al P. Achaerandio, ambos ya distinguidos con la medalla de la Universidad, en tiempos del propio P. Ellacuría. Y cómo no insistir en tanta generosidad y fidelidad a la Universidad, desarrollada por maestros, empleados y colaboradores, ellos y ellas. Este conjunto de personas, espléndidas en muchos sentidos, posibilitó ese reordenamiento de la generosidad que con tanta creatividad desarrollaron nuestros mártires.

Hoy, repito, distinguimos con la medalla de la Universidad a cinco personas que representan esa historia de generosidad, algunos desde antes que llegara Ellacuría a ella, todos desde la simultaneidad y el trabajo conjunto con nuestros mártires y desde la continuación de su obra. Todos ellos han prestado servicios extraordinarios a la Universidad y a ellos quiero referirme explícitamente. Lo haré en orden alfabético, el mismo orden en el que los llamaremos. Y aunque los méritos son sobrados, quisiera, en estas breves palabras, hacer mención especialmente de vivencias personales, en mi relación con ellos. Son vivencias de admiración y respeto, que van más allá de los merecimientos profesionales y universitarios, tan abundantes en ellos. Mis palabras tratarán de resaltar los valores de estas personas a quienes honramos, valores de humanidad, sacrificio y fidelidad. Valores sin los cuales esta Universidad no sería la UCA que hoy conocemos.

Le estamos dando la medalla de la Universidad al P. Francisco Estrada, quien con generosidad aceptó la rectoría poco después del 16 de noviembre de 1989. No ha podido estar presente, pero le haremos llegar la medalla a Guatemala, donde se encuentra. Su nombramiento inmediato al asesinato de nuestros compañeros, sus gestiones eficaces y rápidas, fueron indispensables para la recuperación de aquel golpe, que casi se presumía mortal contra la Universidad. Su rápida aceptación, así como el apoyo de tantas personas de la Universidad, me

posibilitó decir ante los cadáveres de nuestros hermanos, el día de su entierro, que no habían matado a la UCA. Su acompañamiento fiel, en medio de dificultades y amenazas, fue fundamental para revertir la campaña gubernamental de aquel entonces, que quería culpar del crimen a la insurgencia. Siempre recordaré aquel momento cuando, reunidos con la Comisión Investigadora de Hechos Delictivos, en su sede, tres tenientes coroneles ante nosotros dos, y una docena de oficiales a nuestras espaldas, trataban de convencernos de la responsabilidad del FMLN en el crimen. Las palabras de Paco, en aquel tiempo en que las balas segaban con tanta facilidad las ideas, diciendo que como salvadoreño se avergonzaba de que hubiera coroneles de la misma nacionalidad, tan mentirosos y sin honor, constituyen un recuerdo suficiente del empuje y la resistencia, en medio de lo que fue la mayor crisis de la UCA. Su contribución a su crecimiento en recursos y alumnado fue grande, en los años posteriores a la crisis, y debemos estar agradecidos a su gestión. Pero personalmente pienso que el coraje en aquellos momentos difíciles del asesinato fue un aporte invaluable para la continuación de esta tradición tan nuestra de seguir siendo libres para servir al país y a los pobres.

Del P. Francisco Javier Ibisate, y con toda razón, me ha tocado hablar en diversas ocasiones. Sus casi cuarenta años de servicio, su trabajo constante, su dedicación a la docencia, su amor a la Universidad y a quienes la componen, no dejan nunca de admirarme y de estimularme. Cuando trabajé bajo sus órdenes, me tocó ser testigo de cómo compartía, incansablemente, sus funciones de Rector con las de catedrático. Con qué maestría combinaba su aprecio a las personas con el esfuerzo de que todo caminara bien en la Universidad. Su presencia continua en puestos de responsabilidad de la UCA, su respaldo a un pensamiento económico abierto a los problemas de los más necesitados ha creado escuela en el país. Si hoy recorremos el mundo de los profesionales de la economía, veremos que muchos de quienes más se destacan por su sentido crítico y su aspiración a que la economía como ciencia sea un arma pacífica contra la injusticia y la exclusión, son antiguos alumnos y amigos personales de este hombre,



sencillo y cariñoso, quien es, al mismo tiempo, cimiento y columna de nuestra Universidad.

El P. Jon Sobrino y el modo concreto y particular de nuestra Universidad de entender la inspiración cristiana, han caminado juntos durante muchos años, y siguen haciéndolo. Al lado del P. Ellacuría, de un modo muy especial, el P. Sobrino simbolizó la fuerza de un pensamiento evangélico, que se potenciaba proféticamente, en contacto con la realidad. Esa realidad que como filósofo analizaba y desentrañaba Ellacuría y que como teólogo calificaba Jon. En el mismo artículo de Ellacuría, que he citado anteriormente, reflexionaba nuestro Rector mártir sobre los diez primeros años de la UCA. Me detuve en unos párrafos sobre la complementariedad entre análisis de realidad y pensamiento cristiano y pensé que ese texto podría servir, no solo para describir la función del P. Sobrino en la Universidad, sino para rememorar la profunda relación cristiana y la mutua fecundación intelectual de dos excelentes amigos, uno más teólogo, otro más filósofo. Leo a continuación el texto:

No querer partir del análisis histórico de la realidad, tal como se encuentra, olvidando además la raíces estructurales de esa realidad, es querer cerrar los ojos por intereses más o menos ocultos, o por ideologizaciones de claro significado; no querer partir en el análisis teológico del juicio que esa realidad merece desde las fuerzas mismas de la revelación, es apagar interesadamente la luz del evangelio para no seguir el camino redentor que es luz y nos muestra lo que es esa realidad de pecado. Una universidad como la nuestra no puede, precisamente en su carácter de universidad, olvidar la situación en la que está y de la que debe partir en su afán de transformación. Una universidad que se diga de inspiración cristiana, no puede, precisamente en su carácter de inspiración cristiana, olvidar que esa situación merece el juicio de injusticia, de violencia estructural, de pecado estructural. Por distintas razones y desde diversos puntos de vista, la universidad y el cristianismo, entendidos históricamente, ofrecen aquí y ahora un punto de arranque común y una dirección también común: la injusticia y el pecado deben ser borrados y lo deben ser por un proceso de liberación.

En el Ingeniero Axel Söderberg reposaba y reposa la confianza de la Universidad, tanto en el campo intelectual como en el campo financiero y administrativo. Cuando hacia finales de 1988, en virtud del cargo que entonces tenía yo, me tocaba confirmar el nombramiento de su cuarto período como Rector de la Universidad, interrumpido trágicamente un año después, el P. Ellacuría me pidió que hablara, entre otros, no muchos, con Axel, antes de ratificar la elección de la Junta de Directores. “Es de las personas que mejor conocen el país y que más fieles son a los valores de la Universidad. El te dará un buen juicio sobre lo que la Universidad necesita”. Prácticamente, un año después, con los cuerpos de nuestros compañeros aún casi calientes, Axel se me acercó para decirme: “La UCA y la Compañía de Jesús están ahora más unidos que nunca. Como Superior Provincial de los jesuitas, pon un jesuita al frente de la Universidad y los que quedamos de la Junta de Directores, lo apoyamos”. Mientras algunos embajadores nos reco-

mendaban huir del país, o incluso algunos nos sugerían que no nos anticipáramos a nombrar Rector, por miedo a que siguiera la misma suerte que nuestros mártires, Axel se embarcaba, una vez más, con la Universidad y nos pedía permanecer al lado de la sangre derramada y del trabajo de la UCA. Después, trabajando ya codo con codo, como empleado yo también de esta institución, me di cuenta que este excelente ingeniero eléctrico y seguro gestor financiero, consideraba a la UCA como parte de su verdadera familia.

Al Licenciado René Zelaya lo conocí también en aquellos tiempos trágicos, fiel, callado, seguro en su solidaridad. Si en la Compañía de Jesús se nos pide ser disponibles para la misión que se nos encomiende, a pocas personas he visto tan disponibles, y tan capaces, dentro de la Universidad, para llevar a cabo muy diversas funciones. Jefe de Departamento, Vicerrector, Secretario General, René ha pasado por un buen número de responsabilidades y, en todas ellas, ha ido dejando el recuerdo de la competencia personal, del buen trato permanente, de la dedicación al trabajo y del amor a la Universidad. Es la persona a quien con mayor confianza puede el Rector pedirle que lo sustituya en negociaciones y en representación ante las autoridades educativas. Porque sabe de educación universitaria más que el Rector actual, y porque sabe defender con el mismo brío los intereses de la UCA. Sus cualidades personales, su conocimiento desinteresado de la educación superior, su capacidad para representar a la UCA sin prepotencia y en continua actitud de servicio, le mereció un honor muy raro: estar durante nueve años en el Consejo Nacional de Educación Superior y terminar, el último año de su último período, como presidente del mismo. Quienes lo vieron actuar en ese cargo, me han dicho unánimemente lo mismo. Mientras otros, no todos, por supuesto, defendían intereses particulares, René defendía siempre la educación superior. Defensa, impulso e implementación que ha practicado en la UCA y que hoy es ya parte tradicional de nuestra seriedad universitaria y de nuestra excelencia académica.

Si para terminar quisiéramos unificar valores de nuestros hoy galardonados compañeros, no hay duda que insistiríamos en la fidelidad institucional, la cual se traduce en el trabajo en equipo, en la resistencia frente a las dificultades, y en la creatividad teórica, académica y gestora. Sin ellos, la Universidad difícilmente hubiera podido ser lo que es. Genialidades universitarias, como las que con razón añoramos de nuestros hermanos mártires, sólo son posibles cuando se tiene el soporte de personas bien formadas, críticas y propositivas al mismo tiempo, capaces de trabajar en equipo, y dispuestas a ponerle forma, procedimiento y andadura a las ideas brillantes de los genios. Si como decía Ellacuría, con Monseñor Romero pasó Dios por El Salvador, no me cabe duda que con Ellacuría y sus compañeros mártires pasó por nuestra Universidad, y por El Salvador también, un espíritu de libertad, capaz de detectar vida donde el mundo solo ve despojos, y capaz de enriquecerse, potenciarse y elevar la voz liberadora desde esos despojos crucificados. De él y de sus compañeros podía decirse lo que los poetas antiguos decían de la Iglesia martirial de los primeros siglos: “levantó su libertad contra los reyes y los príncipes, y sólo la entregó a Dios, a quien pertenecía”. Mons. Romero

hizo Iglesia y su voz continúa oyéndose e invitándonos a construir una Iglesia cada vez más fiel a las bienaventuranzas y a la solidaridad con los excluidos y con las víctimas de cualquier tipo de injusticia. Ellacuría hizo equipo y nos enseñó la fuerza que una Universidad puede llegar a tener si, en torno a una idea maestra, la inspiración cristiana solidaria y profética se trabaja con seriedad, investigando todos los aspectos de la realidad, haciendo verdad sobre la misma y poniendo el conocimiento adquirido al servicio y beneficio de todos.

Al celebrar los cuarenta años, hemos recorrido y recordado diversos aspectos de la historia de nuestra Universidad. Ustedes, como testigos privilegiados de esa vida universitaria, nos ayudan a mantener los ideales de siempre. En tiempos diferentes, pero con estructuras sociales e instituciones estatales que, de diversos modos, siguen marcadas por el pecado y la injusticia, la tarea universitaria sigue inconclusa. Apoyar el crecimiento de la ciudadanía crítica y libre, ser fermento de unión, en medio de una sociedad civil con vocación de incidencia política, es tarea hoy prioritaria para poner el peso del conocimiento, de la racionalidad y de la humanidad solidaria y misericordiosa al servicio de la liberación de la violencia, la impunidad y la injusticia. Y al servicio también de la construcción de una sociedad más fraterna, justa y participativa.

Ustedes, los que hoy distinguimos, y ustedes amigos y amigas de la comunidad universitaria, son los herederos de ese enorme legado fundacional y martirial. Los que posibilitan que la UCA siga siendo fiel a su vocación y estilo, los que se presentan como estímulo para una sociedad civil todavía débil, pero que no deja de crecer, incluso a pesar de tambaleos y de los esfuerzos por manipularla. Y son también los que alimentan a una ciudadanía crítica, cada vez más consciente de que valores como la justicia, la solidaridad, la participación, la institucionalidad y el bienestar, o son compartidos por todos o al final no serán de nadie. Muchas gracias por estos cuarenta años de servicio al pueblo salvadoreño, muchas gracias por poner humanidad allí donde había carencia o negación de la misma. Y muchas gracias a estos hermanos nuestros, Miguel Francisco Estrada, Francisco Javier Ibisate, Jon Sobrino, Axel Söderberg y René Zelaya, quienes junto con otros muchos y muchas, le han dado vida, estabilidad y futuro a esta Universidad.

San Salvador, 15 de noviembre de 2005.